

La bruja bella y el solitario

Ana María del Río





I La bruja bella

Había una vez, en la ciudad de Santiago de Chile, una bruja muy bella. Vivía en el barrio antiguo, en un castillo, en la calle Gorbea con Avenida España. No era una bruja como las otras: no había telarañas colgando de los techos de su casa, ni ranas muertas en la cocina. Tampoco había polvo por ninguna parte. Vivía en un castillo impecable, sin una gota de desorden. Y, muy importante..., todas las maldades que hacía le resultaban bien. Y no se le movía un pelo. Era una bruja perfecta. Y malvada.

Un día, chasqueó los dedos y el Mapocho se llenó de ranas azules.
 Otro día, arriscó la nariz y cayó una lluvia de tinta china sobre la ciudad.
 Y un día miércoles, muy temprano, la bruja se robó una vieja campana de clases, y

DING DONG,

DING DONG,

DING DONG

la hizo sonar tres veces por todo Santiago.

Al sonido de la campana, todos los bancos y todas las sillas de todos los colegios de la ciudad salieron volando por los aires. Los inspectores, subidos en los tejados de los colegios, desesperados, trataban de atajarlos. Pero nada pudieron lograr.



Los bancos y las sillas, después de dar una vuelta por Santiago, aterrizaron suavemente, como volantines chinos, unos sobre otros, en el centro del Parque Forestal y formaron una bella torre de madera.

La torre se bamboleaba suavemente en el viento de ese otoño.

Y los pájaros
se posaban cautelosos
sobre esta nueva estatua gigante
del Parque Forestal.

Y ningún niño
tuvo clases ese día;
ni el otro,
ni el otro,
ni el otro.

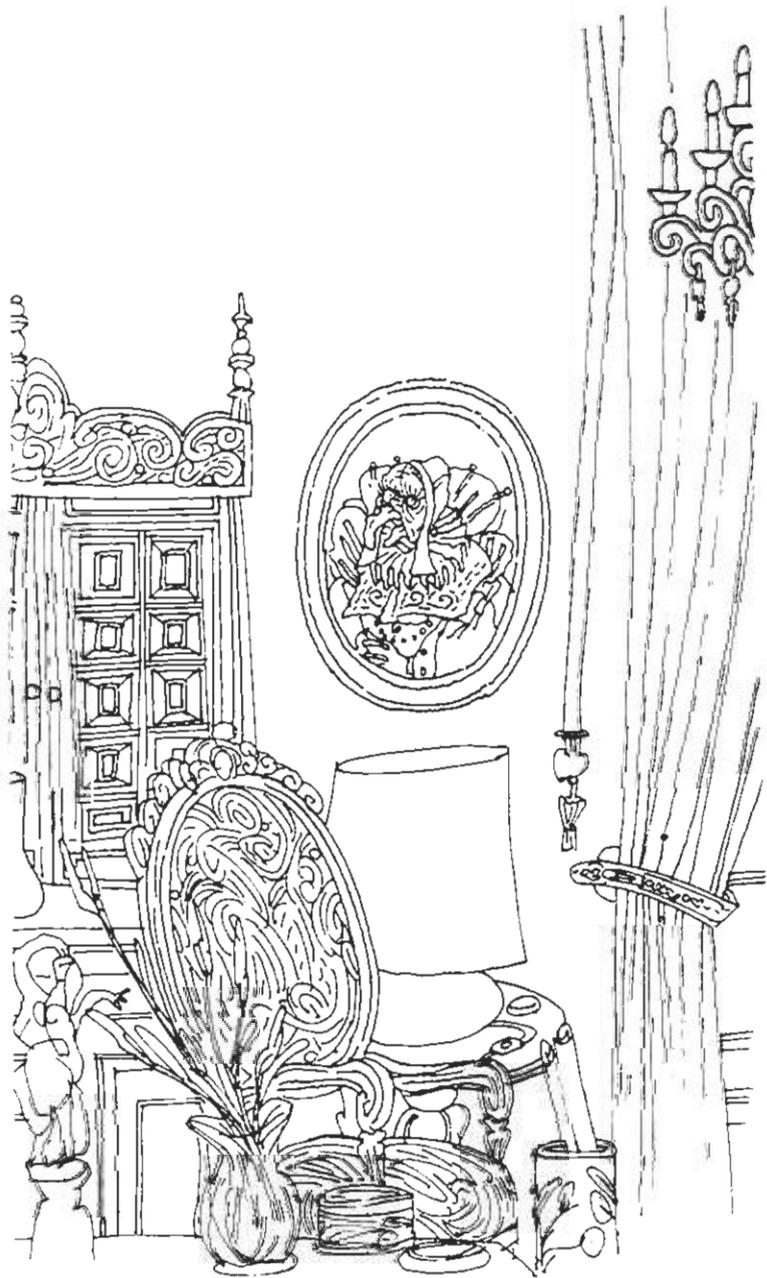
II El castillo perfecto

Después de hacer maldades, la bruja se acodaba en su ventana y dejaba flotar su melena morada finísima, mientras el viento de la tarde se adentraba por la ciudad.

Entonces, cerraba los ojos y se ponía a pensar en su próxima maldad.

Pero la bruja bella tenía un solo problema: No podía pensar si una sola cosa estaba fuera de su sitio.

No podía hacer absolutamente nada si la más pequeña mota de polvo entraba en las habitaciones del castillo:



habitaciones altas
llenas de cortinajes
y gobelinos,
muebles de madera oscura,
jarrones de cristal,
todo quieto,
todo silencioso,
en ese mundo perfecto
sin un solo papel arrugado.

Ella, con su pelo morado, cerraba la
ventana y recorría su castillo vigilan-
do que todo estuviera en su sitio.





III El solitario

Por ese mismo tiempo, en el mismo barrio de Santiago, vivía un solitario.

Siempre andaba solo.

Era muy tímido.

Y muy frágil.

Tenía pelo castaño

y poca estatura.

Había muchas cosas que no sabía hacer: no sabía andar fuera de su barrio, porque era distraído y se perdía.

No sabía manejar.

No sabía cambiar los tapones de luz.

No sabía arreglar los lavatorios tapados.

No sabía cambiar los balones de gas.

La vida era difícil para él. Todo le daba un poco de susto, sobre todo los ruidos y mordiscos de la ciudad tumultuosa.

Por eso, el solitario vivía solo,
 en su casa antigua,
 ahí en Gorbea con República.
 No tenía amigos.
 Ni un solo amigo.
 Sólo tenía a Send,
 su paloma mensajera.

El solitario no se atrevía a casi nada. Solo se animaba a atravesar la calle todos los días a las cinco, en dirección al almacén *La Toyita*, a comprar una marraqueta calentita, unas hojas de lechuga y una sola tajada de mortadela. Nadie venía nunca a tomar té con él, así es que siempre el solitario compraba lo mismo.

El solitario era algo triste y retraído. Se limpiaba los anteojos con su pañuelo a cuadros porque no sabía que existían los pañuelos de papel. Y balbuceaba asustado cuando hablaba por teléfono porque no sabía quién estaba al otro lado de la línea.





IV

La fortaleza del solitario

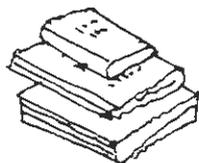
Pero el solitario tenía una gran fortaleza: cuando subía al último piso de su casa, donde estaba su escritorio, todo cambiaba.

El solitario escribía libros.
Los hacía muy bien.
Su escritorio era su reino.
Y él era el rey.
Era experto en contar
aventuras de piratas
y aventuras en la selva;
era experto en contar
cómo sus héroes escapaban, apenas,
de las garras de la muerte;
y cómo salvaban doncellas

de las fauces de leones hambrientos.
Y sabía contar también
las palabras de amor
que se susurraban
el héroe y su amada.

Todos
los que leían
estos libros
lloraban
con las hermosas palabras de amor.

Estas cosas extraordinarias las escribía
el solitario mientras comía su sand-
wich de mortadela con lechuga.



La bruja desde la ventana

Un día, al volver de comprar su ma-
rraqueta, el solitario vio entreabierta
una de las ventanas del castillo de
Gorbea con Avenida España.
El solitario era muy curioso y se
acercó de puntillas.
Se empinó y miró:

Entonces,
vio a la bruja bella
peinando su melena morada
a la luz de la tarde
que caía sobre Santiago.
Peinaba su melena morada
con aire distraído.



Al solitario se le cayó el paquete de pan y olvidó dónde estaba y hasta cómo se llamaba.

El mundo se le había dado vuelta. Nunca había visto una mujer tan bella. Más bella que las doncellas más hermosas que aparecían en sus libros.

La puerta del castillo estaba entreabierta. El solitario se puso a temblar. ¿Se atrevería a subir para preguntarle su nombre?

Sin duda, debía tener un nombre tan bello como ella misma.

Intentó marchar resueltamente, como lo hacían los héroes de sus libros. Intentó empujar la puerta y entrar en el castillo, tal vez diciendo cosas como:

«¿Puedo subir, princesa?»

O si no:

«Hola, soy Alone; Blas Alone. ¿Y tú

«cómo te llamas?»

O tal vez:

«Hola,

¿cómo estás?»

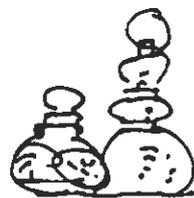
Pero pasó una hora y el solitario se quedó mirando tristemente la puerta entreabierta del castillo sin animarse a entrar.

Sabía que nunca se atrevería.

De pronto, sonaron pasos y el solitario escapó a perderse. Corría aterrado como si lo hubieran sorprendido haciendo algo malo. No paró hasta llegar a su casa. Y ahí se dio cuenta de que había olvidado su compra.

Que había olvidado
hasta su nombre
y que su boina negra
de solitario
había quedado abandonada
en la vereda.

Tan impresionado estaba por la bella bruja que había visto peinándose en la ventana del castillo de Gorbea con Avenida España.



VI El solitario sueña

El solitario se asomó a su propia ventana y se puso a soñar mirando la torre Entel.

Tal como los héroes de sus propios cuentos, el solitario soñó que subía a la torre y desde ahí lanzaba una gruesa sogá que atravesaba todo el barrio e iba a caer sobre la cumblera del techo de **ELLA**.

Y entonces, tal como los héroes de sus relatos, él atravesaba la ciudad sobre la cuerda floja para llegar justo a su ventana donde ella estaba esperándolo con una sonrisa de amor.

El solitario se quedó tanto tiempo soñando que llegó el sol del otro día



y lo encontró durmiendo en la ventana junto al tazón de café frío. Entonces, se sentó a su escritorio y trató de escribir sus libros.

Pero lo único que le salía era contar acerca del castillo aquel y de la hermosa mujer que peinaba su melena, su melena morada, distraída, junto a la ventana.

Trató de pensar en otra cosa y no podía. Por todas partes se le aparecía la figura de la bella mirando a lo lejos, enmarcada en la ventana, jugando con su pelo morado. El solitario pasó ese día y el otro y el otro sin poder escribir ni una sola aventura para sus libros.

El editor lo llamó y lo apuró. El solitario se ponía más y más nervioso y no podía escribir absolutamente nada. Entonces tocaron el timbre. El solitario bajó a abrir y no había nadie. Sólo un papelito que decía:

*«Buenos días.
Somos los recogedores
de la basura. Esperamos que se
acuerde de nosotros en esta Navidad.»*

No estaba firmado. El solitario volvió a subir las escaleras pensando en qué podía hacer, cuando de pronto miró el papelito y una idea maravillosa apareció entre sus cejas. Era simple, simple. Claro.

Si él no se atrevía a hablarle a la mujer más hermosa del mundo, si sabía que iba a tartamudear y ella lo creería un tonto, entonces, tan simple, le mandaría carras.

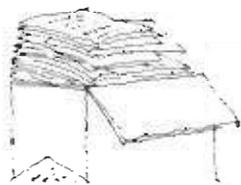
Esas sí que sabía escribirlas.

Para eso era escritor.

«Eso es», dijo el solitario en voz alta.

«A escribir nadie me gana.»

Trajo papel y lápiz, se hizo un termo con café y un sandwich de mortadela con lechuga. Muy animado y contento, se encerró en su escritorio a escribir.



VII

Los mensajes de amor

A la mañana siguiente el solitario tenía ojeras azules y a ambos lados de su escritorio había dos altos de papeles.

Eran todas cartas de amor muy bien escritas llenas de mayúsculas para las palabras como

Amor y Corazón

y pequeñas minúsculas como suspiros. Entonces el solitario pensó que tenía que decidirse a mandar siquiera una de esas cartas de amor. Pero no se atrevía a llevarlas él mismo.

¿Qué hacer?

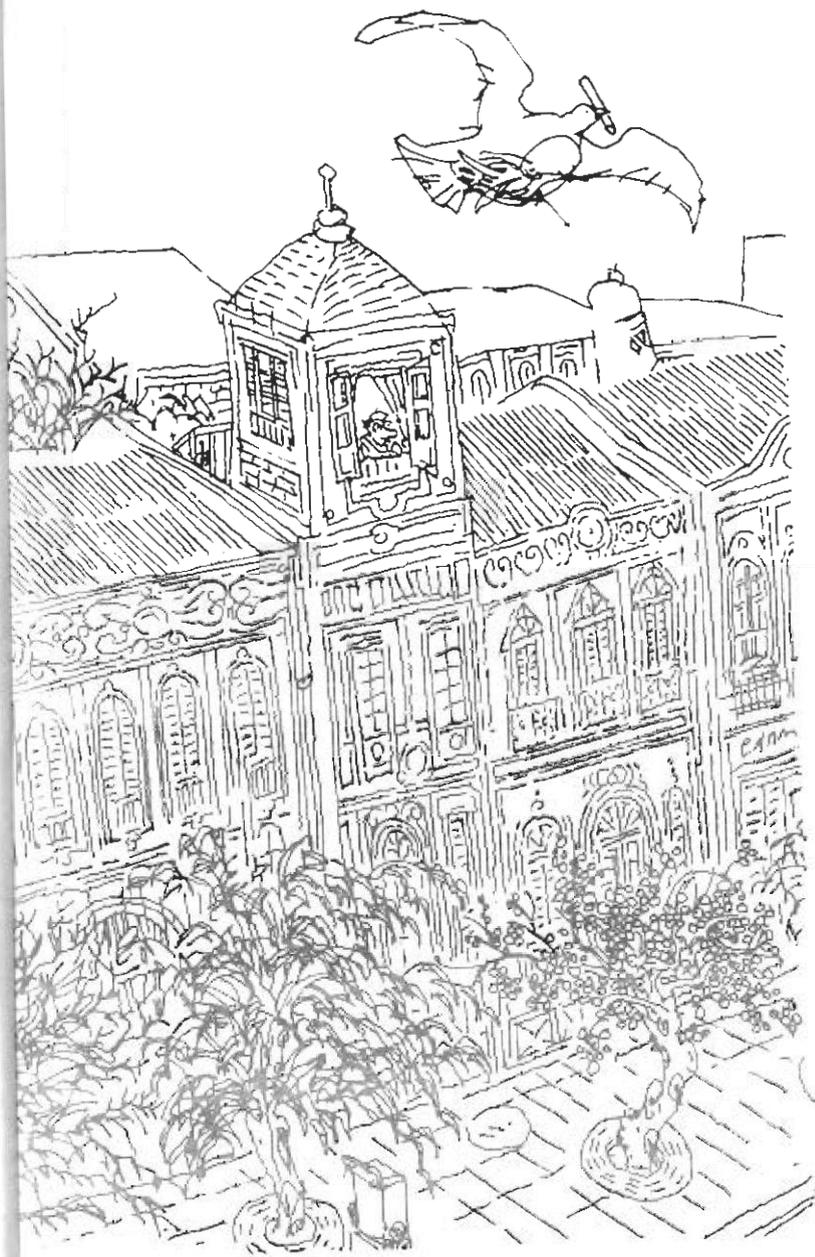
Una idea le iluminó la cara. El solitario llamó a Send con un pequeño silbido. La paloma mensajera llegó volando y pasó su suave cuello de miles de plumas diminutas por la cara de su único amigo.

—Lleva esta carta al castillo de Gorbea con Avenida España, pero no dejes que nadie te la saque si no es ELLA.

Así le dijo el solitario a Send quien partió como una blanca carta ella misma llevando la misiva.

Send golpeó la puerta del castillo muchas veces pero nadie salió a abrirle. Atisbó por la misma ventana que había mirado el solitario pero no vio a nadie.

«Estará desocupado este castillo», pensó Send. «¿Para qué me habrá mandado el solitario con esta carta?»



Pero Send no podía ver a la bruja hermosa que pasaba una y otra vez por las cuarenta habitaciones del castillo. No podía verla, porque la bruja se ejercitaba en su gimnasia de hacerse invisible.

Y lo hacía tan perfecto,
que no se la veía para nada.
Y estaba tan concentrada
en su gimnasia
que no escuchaba
los golpes de Send.

Entonces Send, cansada de esperar, dejó la carta de amor en la entrada del castillo y la empujó con la patita.



VIII Los anónimos inundan el castillo

A partir de ese día, la bruja más bella del mundo comenzó a recibir cartas de amor por debajo de su portón. «Ni siquiera son cartas», decía indignada. «Sólo son anónimos. No tienen firma». Y apenas los abría, los botaba de inmediato al tarro de la basura, pensando muy enojada: «¿Cómo puede haber alguien que malgaste su tiempo escribiendo anónimos de amor?»

La bruja no podía imaginar que existiera alguien tan tonto que hablara de amor, que le hablara de amor a ella, cuando había tantas cosas más entretenidas que hacer:

Enchuecar
 los postes de la luz.
 Enredar
 los cables del teléfono.
 Poner pequeños guarisapos
 en las botellas
 de agua mineral.
 Tantas cosas interesantes
 que hay para hacer en la vida.

En ese momento, apareció otro anónimo por debajo de la puerta.

Te amo,

decía simplemente.

*No habrá nadie en el mundo
 que te ame como yo te amo,*

decía otro.

*Podrá desteñirse el sol,
 podrá estallar la tierra en*

*mil pedazos, pero mi amor
 nunca desteñirá
 ni estallará en pedazos,*
 decía uno más largo, doblado en cuatro.

Somos uno solo.

decía uno cortito, como un suspiro.

Los papeles de los anónimos comenzaron a inundar el castillo de la bruja perfecta y a ponerla intranquila y de mal genio.

No podía pensar: tenía que levantarse muy temprano para alcanzar a barrer todos los papeles, armar los montones en el patio y quemarlos antes de que siguieran llegando más y más.

Dos o tres veces, empleados de la brigada de la no contaminación de la ciudad habían tocado a su puerta.

Y le habían llamado la atención.

Su hermosa melena morada estaba



llena de humo y no le alcanzaba el tiempo para hacer maldades. No le alcanzaba el tiempo para tener su casa perfecta con todo ordenado y limpio. Pasaba la mayor parte del día arrugando y quemando papeles.

Y a veces,
sin querer,
leía algunos:

*Tu melena es suave
como el vino.*

decía uno, muy poético.

*Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar
sois alabados, ¿por qué, si
me miráis, miráis airados?*

decía otro que a ella le pareció conocido y también:

*Polvo seré,
mas polvo enamorado*

La bruja hermosa arrugaba con frenesí los papeles y los echaba a bolsas inmensas que juntaba en el centro del patio.

Quería que su castillo siguiera impecable como siempre.



La reunión de brujas

Un día fue de compras. Vendrían sus amigas del colegio de brujas. Y quería tenerles un budín especial de erizos que nadie podía hacer como ella en quinientas leguas a la redonda.

Cuando regresó a su casa, encontró todo el primer piso del castillo abarrotado de papeles. No se podía abrir la puerta de entrada.

La bruja hermosa estuvo horas y horas limpiando y no pudo preparar el budín de erizos. Sus amigas tuvieron que conformarse con una sopa de sobre.

Se miraron entre ellas.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —le preguntaron.



—Sí, segura —dijo la bruja perfecta, nada de segura.

Y subió hacia la terraza porque necesitaba tomar un poco de aire.

Abajo, sus amigas se quedaron comentando.

—Está más delgada —dijo una.

—Ya no tiene ese cutis tan suave que tenía —dijo otra, llena de gozo.

—¿Y se han fijado que los dientes ya no los tiene tan blancos, sino que están como ahumados? —dijo una tercera.

Y las demás sonrieron en la esperanza de que la bruja bella se volviera pronto fea y flaca como ellas.

Pero no sospechaban lo que pasaba.

Arriba, en la terraza, la bruja hermosa se sentó en un banco y trató de pensar.

Quería que sus amigas se fueran y la dejaran tranquila.

No quería salir a hacer maldades ni a

desordenar el mundo.
Sólo quería dormir.
Estaba muerta de cansancio.

De pronto, divisó a Send en el antepecho de la terraza del castillo con un papelito en el pico, echándolo por la chimenea.

Entonces se puso de pie con los ojos brillantes y se abalanzó sobre Send. Mientras la paloma mensajera aleteaba y se debatía creyendo que la bruja la transformaría en araña, la bruja hermosa le amarró un cordelito invisible a la pata izquierda y la dejó libre.

Send voló asustada a la casa del solitario sin sospechar que la bruja la seguía desde el aire, detrás del hilo invisible.

En la esquina de República se detuvo Send y entró por una ventana.

La bruja se asomó y vio al solitario escribiendo. Tenía la cara hermosamente iluminada por el amor y la inspiración.

La bruja lo miró un largo rato. Había llegado hasta ahí furiosa, entreteniéndose en pensar cómo castigaría al mandador de anónimos.

Le haría desaparecer los lápices.

O mejor, los dedos,
para que no pudiera
tomar los lápices.

O mejor los ojos,
para que no pudiera
ver lo que escribía.

O mejor, el pensamiento,
para que no pudiera
pensar en las hermosas
frases de amor.

Pero cuando lo vio pequeño, frágil,



solo, escribiendo lleno de amor su último anónimo de la tarde, entonces algo cedió en su corazón de bruja y se comenzó a poner colorada y muy, muy hermosa. Más que antes, si eso fuera posible.

Y vio que las cartas eran todas para ella. Porque era ella y no otra la que el solitario amaba como a nadie en el mundo.

Las palabras volaban llenas de fuerza desde los papeles, entraban por sus oídos y se iban a apozar a su corazón que se iba ensanchando

ensanchando

y ensanchando.

X
El encuentro

La bruja bella sintió que estaba feliz y que el mundo le parecía maravilloso. Entonces, golpeó la puerta del solitario con la fuerza de una bruja. Cuando el solitario fue a abrir y se encontró con la mujer más hermosa del mundo frente a frente, cara a cara, ahí, a un metro de distancia, no lo creyó cierto. Pensó que era una alucinación. Y cerró la puerta mientras buscaba una silla donde sentarse porque las piernas le flaqueaban. Y porque creía que estaba viendo visiones o se había vuelto loco. Entonces se oyó el segundo golpe en

la puerta.

Y el solitario abrió con una cara de asombro tan grande que la bruja quiso sonreír, pero no sonrió.

—Qué tontería es ésta, —le dijo con su fuerte voz de bruja—. Ya la puerta de mi casa no se puede abrir con tantos papeles.

Y lo miró sin parpadear como estaba acostumbrada a mirar a la gente.

—Ah —dijo el solitario sin que se le ocurriera absolutamente nada que decir.

—¿Por qué me escribes? —volvió a preguntar la bruja mientras se le acercaba un poco.

El solitario retrocedió.

Estaba aterrado.

—¿Cómo sabes que soy yo? —dijo con lengua de trapo.

—Porque le amarré un cordel a tu paloma, y la seguí —dijo la bruja—.



Pero no has contestado mi pregunta.
¿Por qué me escribes?

—Porque se me traba la lengua para hablar...te —dijo de una sola vez, el solitario.

—¿Y por qué se te traba la lengua?
—sonrió la bruja, mostrando en esa sonrisa toda su verdadera hermosura, la de adentro.

—Ehhh, porque eres muy...hermosa..., balbuceó el solitario.

Y se quedó callado mientras transpiraba por dentro.

Su corazón no podía dejar de temblar.

Sus ojos no podían dejar de mirarla. «Es la mujer más hermosa del mundo», pensó.

Ella agitó su melena morada.

Lo vio mudo, despeinado, con sus bluejeans desteñidos, parado sin saber qué hacer, con las manos en los bolsillos y

la boca abierta por la sorpresa.

«Es muy frágil», pensó la bruja, pero no lo dijo.

En cambio habló:

—No me queda tiempo para nada más. Paso todo el día apilando tus anónimos en el patio de atrás.

—¿Por qué los apilas? —preguntó el solitario.

—Para quemarlos, por supuesto —dijo ella—. Si no lo hiciera, ya habrían cubierto la ciudad.

Y sonrió con su sonrisa irresistible que destruía el miedo.

El solitario entonces se atrevió también a sonreír.

—¿No has leído ni uno? —preguntó.

—No tengo tiempo —dijo la bruja—. Tengo que ordenar y lim...

—¿Quieres subir a mi escritorio? Te leeré algunos, —dijo el solitario.

Y tenía los ojos tan brillantes y

estaba tan hermoso que la bruja no pudo resistir y subió con el solitario al escritorio del último piso.



XI El amor

Ahí, el solitario se sentó en su sillón de la creación y le leyó los 178 anónimos que había escrito desde que Send había llevado el último.

Y entonces, la bruja perfecta, la que no podía admitir que nada estuviera fuera de su sitio se salió ella misma de su sitio y se enamoró del solitario. Él le tomó las manos y se las besó muy suavcito.

Después la abrazó. Y en el abrazo tibio, la bruja se dio cuenta de que no era una bruja como la otras porque no tenía un sapo en vez de corazón.

El solitario sintió latir ese corazón suavísimo como las plumas del cuello

de Send, un corazón que latía diciéndole «te quiero mucho».

—Como en mis anónimos —dijo el solitario, gozoso abrazándola.

Ella lo abrazó también mientras su melena morada se desmayaba en el hombro del solitario
y la bruja

se volvía

m u j e r .

Entonces, se fueron caminando los dos hasta el almacén de la esquina. Esta vez compraron dos marraquetas y palta y huevos. Varias cosas para dos personas.

Ella ya no volaba por los aires.
Caminaba como una mujer.

Send los miraba desde arriba,
a Blas Alone
y la bruja bella,
y pensaba
que este cuento tenía
un final feliz,
en Santiago
de Chile,
cuando
ya comenzaba
el siglo
XXI.



ÍNDICE

I. La bruja bella	9
II. El castillo perfecto	13
III. El solitario	17
IV. La fortaleza del solitario ...	21
V. La bruja desde la ventana .	23
VI. El solitario sueña	28
VII. Los mensajes de amor	33
VIII. Los anónimos inundan el castillo	37
IX. La reunión de brujas	43
X. El encuentro	50
XI. El amor	57

